

# UNA SEPULTURA

por Arturo BENET

**N**UESTRO cementerio es como un islote apartado del mundo. Está en la cima de una loma, rodeado de cielo; y si desde su recinto, por descansar de la visión de nichos y cipreses, os asomáis al filo de sus tapias blanquísimas, sólo descubriréis, por un lado, la magna planicie del mar, tendido de levante a poniente; por el otro, el escalonamiento de los montes, semejante a un cóclopeo anfiteatro.

Ante la puerta de entrada al camposanto existe una explanada desde la cual podréis contemplar a vuestros pies la irregular cuadrícula que forma el caserío del pueblo, y más allá el puertecito, cuyas aguas tersas surcan al atardecer las barcazas que salen a alta mar para la pesca nocturna. Allí los pulmones se os llenan del aire marinero, grueso, crujiente y salobre.

Luego, si entráis en el cementerio y recorréis el camino central que los cipreses orillan, veréis a entrambos costados del recinto, paredones laterales de nichos, y en medio, como arriates sombreados por el ramaje de los árboles, las parcelas de tierra blanda donde se pultan a los muertos pobres.

Al fondo, en un terraplén, las mejores sepulturas se agrupan en torno a la capilla, casi siempre cerrada. Son tumbas construídas en estilo más o menos barroco; unas, cubiertas por simple losa de piedra; otras, cercadas por una verja de hierro y alzadas con profusión de lápidas marmóreas; las más de ellas, ostentando efigies humanas y figuras angélicas; algunas, con la escueta cruz, símbolo de la más cristiana austeridad.

Una de las más bellas es la que, sobre lucientes mármoles grises, levanta el busto alabastrino de una mujer, joven y hermosa en su movilidad sempiterna y sencillamente ataviada a la anticuada moda del Ochocientos.

Bajo la esculpida efigie, un epitafio grabado en la lápida que cubre el sepulcro reza concisamente:

«Laura Redón (1875-1903) Homenaje postrero de su amigo Julio Marc: t»

Pero bajo esa lápida, ni Laura Redón ni ser humano alguno duerme su último sueño, porque la sepultura está vacía.

Entre las rosas y las cruces del camposanto, la presencia del soberbio sepulcro no tiene más objeto que conmemorar la belleza de una historia romántica, una historia plena de tristeza y de poesía.

Si no os desagrada el dulce sentimentalismo que envuelve las viejas cosas del siglo pasado, dejad que os la cuente:

Saura Redón era en 1899 una muchacha de veinticuatro años, muy linda, muy inteligente y tan sensitiva como solían serlo las jóvenes de su edad y de su época. Vivía en una de las casonas del pueblo, en compañía de sus padres, su hermano menor y una tía; hermana ésta del padre, y mujer de carácter rígido y dominante. El padre era un hacendado rural, poseedor de vastas extensiones de terreno de cultivo; su debilidad de carácter no implicaba bondad, y estaba moralmente dominado por la voluntad de su hermana, verdadera usurpadora de la autoridad familiar. La madre de Laura era una pobre mujer sin luces; el miedo que le inspiraba su cuñada no le permitía manifestar su oculto y casi cegado manantial de ternura. Y Manuel, el hermano de Laura, un muchacho de veinte años, vivía en el ocio so pretexto de administrar las fincas paternas y gracias a la protección de su madre; quien sólo para defender a aquel haragán era capaz de demostrar animosidad y energía.

Laura Redón era muy inteligente, y en el ámbito cerrado de la casa familiar sentía su ánimo oprimido por los convencionalismos y las gazmoñerías impuestos por su tía Leandra. La muchacha, sin otros quehaceres que los que el cuidado de la casa exigía, no hallaba más escapatoria para su espíritu sediento de horizonte, que la incansante lectura de novelas románticas y esta inocente costumbre vino a acrecentar el recelo que a tía Leandra le inspiraba el carácter moral de su sobrina. Poseía ésta un espíritu que era difícil doblegar. Jamás tuvo un arranque de violenta rebeldía; pero segura casi siempre de su razón, oponía al despotismo de tía Leandra una resistencia suave que ni las órdenes volubles del padre ni la fiera energía de la tía conseguían dominar. Y sin embargo no era más que una resistencia mental, una afirmación de su personalidad y de la independencia de su pensamiento; tal actitud no se traducían nunca en desobediencias concretas. A tía Leandra, empero, le amargaba la vida aquella mirada firme y plena de reproches irónicos con que Laura ejecutaba sus tiránicos mandatos. Se la amargaba mucho más que las tretas y las malas artes con que los eludía limpiamente su sobrino Manuel.

A éste se debió la ocasión que pudo, de no malograrse, significar la liberación de su hermana. El fué quien conoció a Julio Marcet y lo trajo a la amistad de la familia.

Julio era un muchacho de la misma edad que Laura, avisgado y resuelto, pero sin asentada posición social y sin ningún camino amplio en perspectiva por el que abrirse paso en el mundo. Solía venir al pueblo como viajante de no sé qué producto industrial, utilizado por los talleres textiles que entonces comenzaban a establecerse. Era un hombre activo, decidor y optimista, y la carencia de lo que tía Leandra llamaba «un claro porvenir» no parecía inmutarle. «Todo se andará», solía responder cuando se le hablaba de sus escasos medios de lucro. Eran muy frecuentes sus viajes al pueblo, y a veces se aposentaba durante tres o cuatro días en la «Fonda Suiza», que aún sigue existiendo frente a la Estación. Allí, en la fonda, donde algu-

nas noches Manuel solía cenar con sus amigos, se conocieron. A Manuel le pareció un hombre simpático, pleno de mundanidad, y lo presentó a sus parientes. Fué como la alegría de un rayo solar penetrando en el ambiente un poco lóbrego de la casa de los Redón. Mientras aquel mozo permanecía entre ellos, Laura experimentaba la impresión de estar viviendo una existencia nueva, más ancha y atrayente. También su madre y Manuel se sentían contagiados por el entusiasmo vital de Julio Marcet. Pero, en cambio, al viejo Redón, hombre irresoluto y egoísta a un tiempo, le resultaba molesta la presencia de quien venía a alterar los hábitos rutineros y el ritmo normal y lánguido de su vida monótona. No hay que decir que tía Leandra vió en el forastero a un emisario de Satanás. A su demoníaca jovialidad sumaba Julio las lastimosas circunstancias de ser un habitante de la corrompida ciudad y de no poseer oficio ni beneficio.

— Sólo al perdido de Manuel solía murmurar aviesamente al oído de su hermano— sólo a ese vicioso, protegido de tu mujer, pudo ocurrírsele atraer tamaña calamidad sobre esta casa. Y lo peor es que esa descarada de Laura se está enamorando de ese hombre indeseable. Se enamorará de él, aunque sólo sea por llevarme la contraria.

Y eso era verdad. Laura se estaba enamorando del primer hombre juvenil, alegre e inteligente que había entrado en aquella casa. Lo peor del caso era que Julio Marcet no parecía mostrarse indiferente a ella, y sus permanencias en la fonda parecían ser cada vez más frecuentes y prolongadas.

El afán moralizante y dictatorial de tía Leandra se convirtió en frenesí.

— Eres un calzonazos— le decía, insultante, al cuitado de su hermano—. Entre la loca de tu mujer, tu hija soberbia y rebelde y ese par de perdidos de Manuel y Julio, van a acabar con tu hacienda y con la honradez de esta casa.

El viejo Redón comprendía que su hermana exageraba, pero... ¡era tan grato que ella tomase siempre todas las decisiones! Le ahorraba aquella enérgica mujer tantas pesadas molestias! Una vez más se dejó influir por las airadas prédicas de su hermana, y comunicó desabridamente a Laura su voluntad de que evitase, en lo sucesivo, toda relación con Julio Marcet.

Su hija se quedó mirándolo, mirándolo con sus claros ojos, serenos y compasivos. Y él se sintió íntimamente avergonzado. Mas Laura se limitó a decir:

— Julio viene a casa. ¿Cómo podré eludirlo?

— Apartándote— repuso atropelladamente el viejo— Escondiéndote en tu habitación cuando él venga.

Hubo un largo y embarazoso silencio. Y Laura preguntó:

— ¿Son ésas tus órdenes?

— ¡Claro!

— ¿O las de tía Leandra?

El padre ocultó su confusión tras un arrebato de violencia. Chilló, insultó balbuciendo, bajo la mirada aprobadora de su hermana. La madre lloraba. Manuel afirmó, insolente, que «aquello lo inspira»

ba tía Leandra a impulsos de los celos, porque también a ella le agradaba el galán». Pero Laura se limitó a obedecer, aunque manteniendo la noble frente altiva y la mirada franca y serena. En la primera visita que Julio les hizo, ella le expuso abiertamente la situación.

— No vengas más a casa, a Julio. Tu presencia ha sido hasta ahora una alegría para mí. En lo sucesivo sería una amargura cada visita que nos hicieras. No podemos luchar contra mi tía, y hemos de resignarnos.

— ¿Resignarte a vivir bajo el despotismo caprichoso de esa mujer? Me parece un disparate.

— Sería un disparate si al rebelarme pudiera abrigar alguna esperanza de triunfo. Pero no existe esa esperanza.

— Yo soy esa esperanza.

— Tú eres, si acaso, una esperanza muy lejana. No tienes recursos, Julio. Si tuvieras algo, algo, por pequeño que fuese, me casaría contigo en cuanto me lo pidieras. Pero en tu situación, yo me convertiría en una carga insoportable, en un problema irresoluble para ti. Nuestro matrimonio sería una locura. Hemos de resignarnos, querido amigo.

Manuel les propuso la limpia solución de asesinar aquel mismo día a tía Leandra. Y a pesar de su indignación, Julio opinó que la idea era felicísima. Laura sonrió con tristeza.

— No digas esas bobadas, Manuel. Sabes que tía Leandra se entera de todo. Y con esas bromas aumentas la antipatía que te tiene. No te busques complicaciones.

— ¿Complicaciones? Pero si es muy factible. Y sencillísimo. Basta con una matita de perejil. No se ha inventado todavía un loro que resista el perejil.

Quedó acordado que las visitas de Julio a la casa se reducirían al protocolario mantenimiento de una amistad remota. Entretanto, el muchacho trabajaría para mejorar su situación económica; y en cuanto lo lograra, pediría a Laura en matrimonio.

— Y entonces, Julio— afirmó sonriendo la muchacha— entonces me casaré contigo, quiera o no quiera tía Leandra.

En cuanto las apariciones de Julio se hicieron menos frecuentes, renació la paz en el seno de la familia Redón. La madre tuvo menos motivos de llanto. El padre recobró su perdido sosiego. Tía Leandra creyó llegada la oportunidad de realizar sus proyectos.

Pertenecía la despótica señora a la Junta Directiva de una Asociación Benéfica cuyo secretario general era Ramón Saladrigas. Este Saladrigas, célibe y cuarentón, triste y beato, dedicábase a ciertos negocios bancarios, consistentes en verdad en el ejercicio concienzudo de la usura, gracias al cual había podido acopiar una sólida fortuna. Residía en el caserón solariego de los Mir, antigua residencia de una familia linajuda y empobrecida, cuyos bienes muebles e inmuebles habían venido, por arte de birlibirloque, a manos del devoto y siempre enlutado prestamista. A don Ramón Saladrigas no se le conocían parientes ni amigos. Vivía en la vieja casona habitando, por hábito de economía, sólo un par de aposentos, y manteniendo

el resto de la mansión perennemente cerrada y sombría. Cuidaba de él una decrepita y desabrida sirvienta y aparte las relaciones, no muy cordiales, a que le obligaba el ejercicio de su honrada profesión, no mantenía trato alguno con persona viviente. Salvo, claro está, el de las Damas de la Asociación Benéfica.

Ese cargo de secretario de la Junta, ejercido durante una hora semanal a lo largo de muchos años, era indudablemente su procedimiento de encubrir con supuestas prácticas benéficas, una profesional carencia de caridad. Pero si es cierto que él prestaba su trabajo durante una hora semanal a la Obra caritativa, también lo es que esa Obra no se benefició jamás de una sola moneda del capital de Saladrigas.

En ese hombre rico, avaro y misántropo, creyó haber hallado tía Leandra el marido ideal para su sobrina. Así se lo comunicó astutamente a su hermano, se lo declaró con imperio a su cuñada, y lo insinuó con cierto retintín a Laura y a Manuel, del cual, recibió, por cierto, la contestación más rotunda, concretada en una palabrota que no resultaría discreto repetir.

El ceremonioso Saladrigas fué repetidamente recibido en la casa de los Redón. Era un ser rígido, rutiner y frío. Mostrábase, empero, bastante sensible a la untuosa solicitud de tía Leandra, y no parecían causar mella en su ánimo ni la glacial e irónica acogida de Laura ni la insolente y burlona camaradería con que Manuel le asestaba sus audaces peticiones de dinero. Y cuando Laura le reprochaba a su hermano tan desvergonzada conducta, Manuel argüía:

— ¡Pero si lo hago por tu bien, hermanita! ¿No comprendes que ese tacaño no se avendrá jamás a tener por cuñado a un tipo como yo? ¡Pues vaya pájaro! Es el ejemplar de usurero de corazón más impenetrable que conocí en mi vida. ¡Con decirte que no le he sacado todavía un céntimo! ¡Ah! Pero se lo sacaré. A ese pajarraco no le resulta gratuita su venida a esta casa. ¡Te lo aseguro yo!

Violentando su natural hirsuto y seco, Saladrigas prodigaba ante Laura todas aquellas finezas y atenciones que no habían de costarle dinero. Mas no consiguió ablandarla. La impaciencia y la ira comenzaban a recomer el corazón de tía Leandra. Sin embargo, al comienzo de la primavera de 1900 sobrevino un acontecimiento que la colmó de gozo y esperanza.

Cierta tarde, de las primeras de Abril, Manuel se presentó en la casa acompañando a Julio Marcet. El viejo Redón había salido para efectuar un recorrido por sus alquerías, y Julio fué recibido por las tres mujeres. Venía en visita de despedida, porque dos días después había de embarcar en la nave que lo conduciría a América. Se proponía — dijo — trabajar en aquellas tierras, donde parecía harto más fácil que aquí conseguir algún capital; y una vez conseguido, regresaría a España para casarse con la mujer que había escogido.

Su franco mirar se había fijado en los ojos claros y abiertos de Laura, y percibió con pena y con gozo que, a pesar de la impasibilidad de las facciones, una mortal lividez se había extendido por aquel rostro amado.

Y entonces, como si respondiese a una tácita demanda de explicaciones, las dió muy cumplidas. No tenía bienes de fortuna, carecía de profesión remuneradora. Y deseaba casarse. América ofrecía su vasta tierra virgen, sus ciudades nacientes, las enormes posibilidades de una industria y un comercio en pleno proceso de desarrollo. El iría allá, dedicaría al trabajo su existencia entera, y si lograba enriquecerse, si conseguía hacer tan sólo un modesto capital, vendría a reunirse con la mujer que en España quedada esperándole.

Otra vez miró a Laura queriendo decirle con el fervor de su mirada: «Es por ti, amada mía, por ti me voy a un mundo extraño, por ti voy a sacrificar años enteros de mi vida; para volver mereciéndote, me voy ahora como un pobre emigrante...»

El semblante de la muchacha permanecía impassible, pero sus manos convulsas acababan de rasgar un pañuelo de seda y encaje.

Sacudida de santa indignación, tía Leandra reconvino con palabras amargas:

— Repórtate Laura. ¡Estás destrozando el pañuelo!

Laura pareció no oír. Pero Julio se acercó a ella, y en su rostro juvenil y bondadoso se reflejó toda la ternura de su cariño.

— ¿Qué importa un pañuelo? — dijo — Yo te regalaré otro en recuerdo...

Y tomó de entre las manos de ella el pañuelo desgarrado, y lo guardó en su bolsillo, cerca del corazón. Luego se inclinó para besar aquellos dedos largos cincelados, de las manos de Laura; y antes de que tía Leandra pudiera protestar, se enderezó y se dirigió rápidamente hacia la puerta.

— Adiós, señoras — dijo desde el umbral — Adiós, Laura. Hasta muy pronto. Hasta muy pronto, Laura.

Ella vió por última vez aquel rostro que le sonreía con pena, un rostro muy pálido con un rubio mechón de pelo colgando sobre la frente.

— Adiós, Julio.

Y cuando él se fué, seguido de Manuel, que no había podido pronunciar palabra, Laura se quedó inmóvil, escuchando aquellos pasos que se alejaban, que se alejaban y se perdieron al fin entre el rumor de la calle.

Aquella noche Manuel le entregó un pañuelito de blonda que Julio había comprado para ella. Y con el pañuelo una carta de despedida, donde el amigo había volcado, en mal trabadas frases, todo el apasionado cariño que en su entrevista no pudo expresar.

En la soledad de su alcoba ella la leyó muchas veces, dolorido el rostro por los sollozos convulsivos, abrasadas sus mejillas por la fluencia urente de las lágrimas.

La carta prometía un regreso muy próximo. «Aunque no prospere allá, — decía — aunque no consiga lo que me propongo, volveré muy en breve porque no podría soportar tu ausencia». Pero Laura tenía el doloroso presentimiento de que esas cosas no iban a salir bien. Pasó muchos días sumida en un dolor acerbo. Estrujaba contra sus labios el pañuelo de encaje, última ofrenda de Julio, y lo mantenía

siempre junto a sí, temerosa de que tía Leandra lo hiciera desaparecer al menor descuido suyo. Y leía y releía, una y otra vez, las frases cariñosas de la carta, las dulces promesas de recordarla siempre, de trabajar por ella y regresar pronto para no apartarse ya nunca de su lado.

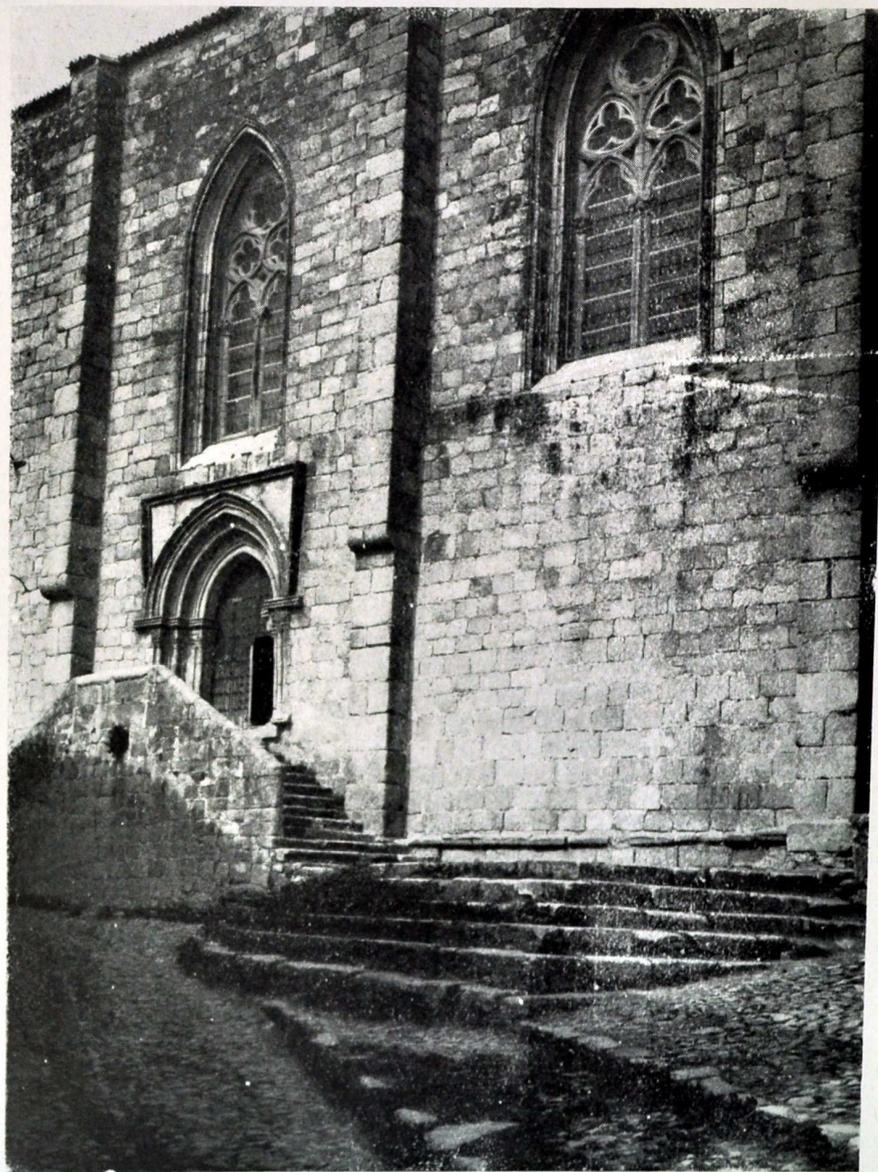
Por las mañanas subía a la azotea de la casa. Era la más elevada del contorno, y Laura veía, tras de la colorida extensión de los tejados vecinos, la llanura del mar, de un jubiloso añil en las primeras horas, tersa después bruñida y reverberante bajo el sol implacable del mediodía. Y por las tardes, a la hora del crepúsculo, subía también para contemplar las aguas coloreadas por el tinte rojizo del poniente, y ver como se iban apagando, oscureciendo, cuando el sol trasponía las últimas colinas. Ya era el mar una infinita planicie gris; y en su lejanía iban apareciendo las misteriosas lucecillas de los barcos que recorren nocturnos horizontes.

No; no era aquel el océano que había de separarla durante largos años del amado. Pero era un símbolo del concepto abstracto de la distancia, y era también el comienzo de la ruta por donde Julio avanzaba alejándose de ella un poco más cada minuto que transcurría.

Contemplar el mar azul de su pueblo era, pues, escarbar el dolor de su alma, hurgar en aquella llaga de su sufrimiento y paradójicamente, al hacerlo experimentaba el mejor consuelo, porque la idea de que podía olvidar sólo por un minuto la ausencia de Julio le resultaba abominable. Quería recordar eternamente su desgracia; sabía que su único gozo posible o el sólo tributo que podía rendir al ausente era aquel interminable padecimiento.

Se sentía irremediadamente sola. Su madre parecía tener embotada la sensibilidad por aquella sumisión de años a las voluntades ajenas. El viejo Redón se sumía cada vez más hondamente, en la comodidad de la inacción y de la indiferencia. Tía Leandra gozaba, sí, gozaba con refinadísima crueldad presenciando el sufrimiento de Laura. Y en Manuel encontraba la muchacha el único refugio de cariño aunque sólo resultaba utilizable durante breve espacio de tiempo, que no era hombre su hermano para soportar penas durante muchas horas. Si Laura se abandonaba a su padecer, si derramaba alguna lágrima o desahogaba su corazón en un sollozo, lo hacía siempre en la soledad inviolable de su alcoba, porque ante los demás cuidaba de mantener una grave compostura que causaba la admiración de su hermano. Pero tía Leandra — siempre al acecho sus pequeños ojos, siempre apretados los delgados labios — descubría bajo la aparente serenidad de Laura el padecimiento de su corazón. Por eso le sonreía irónica y untuosamente, sin apartar nunca de ella la maligna mirada.

El semblante de Laura perdió, empero, su austeridad, se hizo más melancólico a medida que transcurrían las semanas y los meses sin que llegase ninguna noticia de Julio Marcet. Los labios de la muchacha estaban temblorosos; su rostro, lívido; los ojos se le ahondaban, cercados de moradas ojeras.



ALBUM EXTREMEÑO.—Iglesia de Santa María (Siglos XIII-XIV) de Trujillo (Foto Mas)

Un día, mientras se hallaban sentados en torno a la mesa para la comida meridiana, tía Leandra comentó aviesamente que «ño habían vuelto a tener noticia alguna de Julio Marcet».

—Ya me pareció algo extraña aquella partida tan súbita—añadió—No sabría cómo romper. Estoy segura de que ni siquiera se marchó a América.

Manuel vió que su hermana palidecía.

—Se marchó—dijo rotundamente.

—¿Tú que sabes, mocoso?

El padre sentenció, tras una lenta y regodeada ingestión de alimento:

—Un perfecto botarate, el tal Marcet.

Manuel repuso procaz, mirando a su tía;

—De todo hay por esos mundos: botarates y celestinas.

Tía Leandra se alzó de su asiento sulfurada y trémula.

—¡Repítele eso que has dicho! ¡Repítele!

Pero Manuel no perdió un ápice de su tranquila y cínica insolencia:

—No es menester repetirlo. Lo has oído perfectamente. Te he llamado celestina, y me he quedado corto. Porque entre todas las lechuzas del universo, no hay ninguna con peores y más inconfesables intenciones que tú.

Y aprovechó el pasmo de la tía, el temblor de su madre y el ataque de tos que sacudía al viejo Redón, para salir a escape de la estancia arrastrando consigo a su hermana.

Por entonces las visitas de don Ramón Saladrigas menudearon. Y tía Leandra inició a favor del usurero una tesonera campaña de propaganda. Convenció a Redón de que «era absolutamente necesario casar a la chica», pues la melancolía y extraña conducta de Laura no era sino palpable demostración de que las muchachas de su edad, de su morboso temperamento y de su torcida educación, necesitaban un marido con urgencia «para evitar mayores males». El viejo Redón se convenció en seguida: a su mujer la dieron por convencida «ipso facto». Y las burlonas protestas de Manuel no se tuvieron en cuenta.

El muchacho había comentado que aquellos conocimientos que de las cuestiones eróticas poseía tía Leandra tenían que haberlos adquirido por vía experimental. Por aquellas fechas comenzó a llamarla «tía Trotaconventos», y aunque ella suponía que el apodo implicaba una maliciosa intención, desconociendo el origen del vocablo no se atrevió a protestar con demasiado calor. A fin de cuentas, podía tratarse también de una inocente alusión a sus visitas devotas y frecuentes a las comunidades religiosas de Valmira.

Transcurrió un año, un largo año durante el cual no se recibieron nuevas de Julio Marcet. Manuel había indagado en la ciudad, y sus gestiones cerca de la Compañía Naviera a que pertenecía el barco que condujo a Julio a Buenos Aires, y cerca del Consulado argentino, le proporcionaron la convicción de que su amigo había llegado efectivamente a la Argentina y había residido durante unos meses en

la ciudad porteña. Pero después se perdía su pista en la vastedad de la nación suramericana.

Sin embargo, un hecho era evidente: cualquiera que hubiera sido su suerte posterior, Julio había podido comunicarse con Laura durante los primeros meses. No lo había hecho, y era lógico suponer que no había tenido empeño en hacerlo.

Estas tristes noticias anonadaron a Laura. Cualquiera cosa desagradable pudo ella haber esperado menos aquello. No era posible admitir que en las palabras de despedida de Julio, ni en las cruzadas en aquella última y dolorosa entrevista, ni tampoco en las estampadas en su carta patética, hubiera habido engaño para ella. No; eso era inconcebible. Julio podía haber muerto, podía estar, por sabe Dios qué motivo, incomunicado con España, pero olvidarla a ella, no la había olvidado. Si Julio vivía, había de volver junto a Laura. Manuel pretendió desengañarla, pero la sensibilidad de la muchacha estaba en carne viva y no era posible ni siquiera rozarla. Fué necesario darle la razón y aun fomentar aquel desatino para que Laura no enloqueciera. Pero Manuel preveía horrorizado las terribles consecuencias a que podía llevarles aquella situación. En el ánimo de su hermana, el perenne encierro, el dolor ocultamente alimentado, el vuelo desatado de la imaginación, que forjaba sueños imposibles, habían de motivar serias perturbaciones físicas y morales. Manuel temía por la salud y por la razón de su hermana.

Y entonces fué cuando el viejo Redón, abriendo un molesto paréntesis entre sus plácidas digestiones, planteó gravamente la cuestión del matrimonio de Laura. Don Ramón Saladrigas era el afortunado elegido...elegido, claro está, por Redón, y por tía Laura, y hasta por la pobre y aledada señora Redón la cual, por cierto, ignoraba de qué le estaba hablando cuando le propusieron el casorio de su hija.

Laura, de momento, se negó en redondo. Encerróse más hermética y celosamente en su habitación, se negó a oír hablar de aquel asunto, redobló su desatinado imaginar en torno a las razones del silencio de Julio Marcet. Pero el cerco a que la sometieron su padre y tía Leandra fué estrecho, tenaz y sañudo. Hasta la pobre madre era obligada a ensalzar ante la desdichada hija, enfermiza ya y macilenta, las excelencias del usurero. Manuel no los secundó nunca, y aun se revolvió contra aquella porfía. Pero él, a su vez, pugnando por arrancar a Laura de aquella absurda existencia en que la miraba consumirse, se sentía también obligado a amonestarla, y todo contribuía a minar la resistencia de la muchacha.

Medio año más de encierro, de silencio por parte de Julio y de pugna por parte de los parientes acabaron, si no con la voluntad de Laura, sí con su ánimo moral y con su firmeza física.

La boda fué señalada para un día de la primavera de 1902. Laura escuchó esa fecha con absoluta indiferencia. Había enflaquecido de modo alarmante; en su rostro pálido resaltaba de un modo agorero la rojez de los pómulos. Tenía los ojos hundidos, amoratados; los labios exangües. Había perdido por completo la graciosa serenidad

y la juvenil lozanía de su semblante; y sin embargo perduraba en él una belleza melancólica, una hermosura romántica de flor todavía fragante, pero muy próxima a extinguirse en una lluvia irremediable de pétalos.

Horas y horas permanecía sumida en la blandura de un sillón ante el balcón de su alcoba, con la mirada obsesionadamente fija en el azul de los cielos, o con el torso doblado y la cabeza colgante, muy cerca la frente de las dobladas rodillas; el rubio cabello, suelto y derramado sobre la alfombra.

Verla así laceraba el corazón de Manuel; y cuando éste supo que el casamiento era inminente, a pesar del odio que sentía por Saladrigas, llegó a pensar que lo más urgente era arrancar a su hermana de aquella postración, fuera por los medios que fuere.

Un mes antes de la celebración de la boda, Saladrigas le hizo a la novia su único presente: el traje de desposada de su madre, la difunta señora Saladrigas. Manuel pensó que también debió de haber llevado *aquello* la abuela, y quizás la bisabuela, del usurero. Pero era forzoso confesar que si el traje estaba ya anticuado y no poco maltrecho, las blondas que lo adornaban constituían una auténtica riqueza. Por algo las había conservado, encerradas bajo siete llaves, el señor Secretario de la Asociación Benéfica. «Y aun las volverá a guardar—pensó para sí su futuro cuñado—, porque los regalos de este nombre deben de ser reintegrables, como sus préstamos».

El traje, pues, fué remozado, alargado y modernizado. Y sobre el cuerpo hermoso y esbelto de Laura resultó un soberbio atavío

—Qué bonita eres, hermanita—le decía Manuel.

¡Pero era ya tan difícil arrancar una sonrisa de los labios exangües de la muchacha!

El día de la boda estaba realmente muy bella. Bajo el tocado de albos encajes, el rubio cabello enmarcaba un rostro fino y ovalado, al que la dolencia que minaba aquel cuerpo y desacostumbrado contacto con el aire libre habían prestado un delicado colorido. El traje ceñía una figura esbelta, alta y maravillosamente elástica, que atraía las miradas de la gente con el fervor admirativo que produce siempre la belleza.

Era una mañana radiante. La plazoleta de la Iglesia estaba llena de sol. El reciente verdor de los plátanos se esponjaba bajo la caricia de la brisa marina, y en el suelo se dibujaba en sombras moradas y trémulas la silueta del ramaje.

La gente del pueblo se aglomeraba a entrambos costados del pórtico. Y los invitados a la ceremonia llenaban toda la enorme nave del templo, en cuyo fondo el inmenso retablo barroco, que cubría toda la altura y amplitud de ábside, refulgía constelado de las lucecillas temblorosas de los hachones.

Del brazo del viejo Redón, Laura avanzaba lentamente por el pasillo central hacia el presbiterio. En las altas bóvedas resonaban, majestuosos, los acordes de la marcha nupcial. El rostro de Laura estaba extático; su alma, ausente. Pero el trínfo de su belleza soberana iba despertando en la multitud un rumor de admiración y simpatía.

Ante el peldaño del presbiterio habían colocado dos butacas y dos reclinatorios destinados a los que iban a desposarse. Y allí estaba esperando a la novia Don Ramón Saladrigas, enfundado en su negro levitón, atiesado, rígido, con los ojos contraídos, y caídas las comisuras de la boca en un visaje de mal humor y de avisada codicia.

Laura caminaba contemplando a aquel hombre con esa fijeza con que miramos a nuestro pesar los objetos repugnantes que estremecen nuestra sensibilidad. Y estando ya muy cerca de donde él la esperaba, sintió súbitamente un tirón en la rastreada cola de su vestido. Una de las sutiles blondas que la ornaban se había prendido en un clavo oxidado que sobresalía, cerca del suelo, de uno de los bancos que flanqueaban el pasillo. Y al dar Laura otro paso, la blonda se desgarró.

La novia no tuvo para aquello una mirada. Sus ojos estaban fijos en el rostro de Saladrigas, y percibieron la contracción iracunda de las facciones del usurero. Fué un gesto espontáneo de codicia burlada, de celo burlado; un visaje odioso de furia ante la pérdida que el incidente podía reportarle, de rabia ante el descuido de aquella mujer virgen y hermosísima, que iba a convertirse en esposa suya dentro de breves minutos...

Laura lo contempló con pasmo y con horror. Se detuvo, se llevó una mano al pecho mientras buscaba con la otra, apoyo en un banco. Quiso gritar, y no consiguió modular la expresión de su angustia. Todos la vieron palidecer, demudarse.

—No,—dijo al fin con la voz temblorosa—No; eso no.

Y repentinamente, como si en un instante hubiese recobrado todas sus perdidas energías, se revolvió, apartó a su padre que la miraba atónito y corrió hacia la puerta desandando su camino triunfal. Ahora la Iglesia le parecía un fosco túnel, y la claridad que penetraba por el pórtico era el anuncio de su salvación. Reparó, sin quererlo, en que el rubio follaje de un plátano temblaba, traspasado de sol, allá en el fondo del vano. Y ya no se percató de nada más. Corría. Tuvo la sensación indefinida de que una mano solícita abría ante ella la portezuela de un coche. Oyó una voz conocida que formulaba una orden urgente; luego el chasquido de un látigo; una sacudida; el resón, como un redoble, del trotar de la caballería.

Y ya se halló sentada en el fondo de la berlina, estrujada, semi-ahogada entre los brazos de su hermano Manuel, que la apretaba contra su pecho y, entre risas y lágrimas, la besaba en el pelo, y decía:

—¡Qué adorable hermanita tengo! ¡Y cuánto me gusta verte así! Ahora te reconozco. Ahora eres de nuevo la Laura de siempre. Admiro tu valor. Y ahora serás feliz; porque nos iremos de aquí, muy lejos, a América, si es necesario...

—No, Manuel, no. Llévame a casa. Vámonos a casa, Manuel, porque me muero.

—¡Pero, por Dios, Laura! Esta es la ocasión de salvarse. Hemos de huir de entre estas momias que nos rodean y nos resecan la vida. ¡Vámanos, Laura, vámonos!

—No podría. Es que me muero, Manuel. No tengo fuerzas. Se me han acabado por completo las fuerzas...

Desmayada la subió en sus brazos a la alcoba. La tendió en el lecho. Estuvo atendiéndola hasta que abrió los inocentes ojos de tristísima mirada. Y luego, de acuerdo con la vieja sirviente que los había cuidado desde niños, Manuel se instaló en la habitación contigua para montar guardia día y noche ante la puerta de Laura y evitar que ya ninguno de los habitantes de la casa, excepto la vieja criada, volviera a franquearla jamás.

Fué aquel un escándalo de tremenda resonancia en el pueblo. Saladrigas pregonaba por doquier su furor ante la injuria que le habían inferido. Tía Leandra se sentía mortalmente humillada. Y los Redón cortaron por el momento toda relación social. Se acrecentó la lóbreguez de la casa bajo la autoridad de la tía, que ahora asumía una trágica actitud de diosa mancillada.

Más de medio año vivió Laura recluida en su aposento. Rezaba. A través de los cristales de su balcón, contemplaba durante muchas horas el cielo azul o las nubes de formas cambiantes que viajaban hacia otros paisajes remotos. Y a veces charlaba también con su hermano, o con los amigos que Manuel traía algunas tardes para que la distrajesen con su visita. Pero Laura prefería la sola compañía de Manuel. Con él tenía confianza suficiente para explayar un poco su sufrimiento preguntándole:

—¿Qué hará Julio? ¿Qué habrá sido de Julio? ¿Por qué no me escribirá, Manuel? ¿Tú sospechas algún motivo?

Después de aquel trance de la boda frustrada, Laura parecía haber recobrado una parte de su perdida voluntad. Aquello fué una sacudida que despertó dormidas energías de su alma. Pero pasada la saludable excitación de aquel período, otra vez volvió a sumirse, paulatinamente, en una resignada desesperación.

Una tarde de otoño, mientras leía una novela que le había traído Manuel, tuvo un acceso de tos, y sobre la página del libro quedó un manchón de sangre roja. Aquella noche su hermano, transido de dolor, apoyado en la pared del dormitorio, la estuvo mirando a través del velo de sus propias lágrimas, y viéndola pálida, traslúcida, semejante a la imagen marfileña de una Dolorosa, tuvo el presentimiento amarguísimo de que Laura lo abandonaría muy pronto.

Llegaron los días tristes y cortos del invierno. Por aquel retazo del cielo que Laura podía ver, pasaban girones de oscuras nubes. La gente transitaba por las calles de Valmira embozada en sus gabanes. El ramaje desnudo de los árboles tenía una crispación patética. Y el lejano telón del mar era una llanura plomiza y fosca, que parecía agitada por un hervor interno.

Cuando el tiempo era malo, Laura permanecía en el lecho, atendida por la vieja criada o por su madre; tía Leandra y el viejo Redón no habían alcanzado el consentimiento de Manuel para penetrar en el aposento. Y el muchacho había encontrado en el fondo de su alma, sublevada contra la injusticia, un venero de sobrehumanas energías. La tiranía de tía Leandra había terminado para siempre.

En los comienzos de 1903 sobrevino un período de lluvias. Laura pasó muchos días acostada. Su rostro parecía de alabastro, y su mirada clarísima había perdido por completo la antigua firmeza. La madre ahora pasaba muchos horas a la cabecera de la enferma. Desde que Manuel derrocara la dictadura de tía Leandra, la pobre mujer se sentía más libre para dar curso a sus dolorosos sentimientos. Ella cuidaba de la hija por las mañanas, mientras Manuel atendía a sus quahaceres. Y por las tardes, cuando él permanecía en casa, la pobre mujer se retiraba, sabedora de que Laura prefería a todas, la compañía de su hermano.

Una tarde lluviosa y desapacible de finales de Enero, Laura había estado hablando con penosa insistencia de las posibilidades de que Julio regresase muy pronto como había prometido. Sabía ella cuán faltas de fundamento estaban sus propias palabras; y sabía que también Manuel opinaba lo mismo, pero resultaba grato charlar de aquel tema en un ingenuo intento de engañarse a sí misma sin conseguirlo. Hablaba con voz muy débil, con un fatigoso jadeo, y su hermano la entendía con dificultad.

Estaba él contemplando la calle fangosa, con la frente apoyada en el frío cristal del balcón. Le respondía a su hermana con cariñosa solicitud, pero sin convicción ninguna, porque su pensamiento no se apartaba nunca de las posibilidades escasas que ella tenía de sobrevivir, y aquel asunto de Julio había perdido, a su entender, toda importancia.

El prematuro anochecer invernal iba llenando de sombras la estancia. El rumor de la lluvia en el pavimento de la calle, el gotear cristalino de los aleros componían un melancólica tonada. Manuel vió pasar por la acera encharcada a una mujer harapienta y aterida. Luego transitó un carró colmando la calle de chirridos y de repiques de herradura. Después pasó el cartero bajo un paraguas enorme, saltando diestramente los charcos de agua y lodo.

Entonces Laura dijo:

—¿Y si Julio hubiese equivocado la dirección y todas sus cartas se hubiesen perdido?

—Laura, hermanita, no te preocupes más de eso.

—Pues entonces... ¿de qué?

Cierto. ¿De qué podía preocuparse ya aquélla cuya vida se había reducido a un tristísimo recordar?

Ahora el cartero salió del portal de la casa fronterera, y pasó de largo sin entrar en la casona de los Redón. Manuel volvió a pensar en Julio, en sus presuntas cartas perdidas, en todos los ausentes, en las pocas relaciones que a ellos, los Redón, les iban quedando. Ni siquiera les escribía nadie.

Y repentinamente recordó que aquella mañana, cuando salía de casa había visto a tía Leandra con una carta en la mano.

«Es muy raro», pensó. Nadie durante la comida había hablado de aquella carta. Murmurando una promesa de volver en seguida, salió al pasillo, y llamó a la criada. Pero la mujer nada pudo decirle. Hacía ya tiempo que no la dejaban ocuparse del correo. Ahora

era tía Leandra quien tomaba siempre las cartas. Lo que sí podía afirmar era que cartas como la de aquel día, o muy parecidas, se recibían muchas en la casa.

—¿Muchas cartas? ¿Estás segura?

Asintió segurísima. Y Manuel experimentó una impresión extraña. Era como una corazonada, como una premonición que no acertaba a definir.

Corrió a la habitación de tía Leandra, y penetró en ella de improviso, sin demandar venia y sin avisar. La vieja estaba sentada ante un escritorio, con los ientes cabalgando sobre la huesuda nariz. Rezongó agriamente, y fijó en su sobrino una mirada hostil. Manuel no pronunció una palabra hasta que estuvo frente a ella, tan cerca, que percibía su respiración, un poco jadeante.

—Esta mañana recibiste una carta. ¿De quién era?

—¿Qué te importa a ti granuja? ¡Sal de mi habitación!

—Recibes muchas cartas como ésa. Las recibes a menudo; y no creo que te las remita un amante ni que nadie se moleste en escribirte por cariño. ¿Dónde las tienes? Quiero verlas.

Ella se irguió iracunda.

—¡Vete!

—¿Son acaso de Julio esas cartas? ¿Dónde las tienes?

La mujer se estremeció de odio, y Manuel comprendió que había rozado la verdad. Una recelosa mirada de ella al escritorio acabó de perderla. Manuel la apartó de un empujón, y comenzó a registrar febrilmente todo cuanto contenía el mueble. Vacío los cajoncillos, destripó la carpeta, abrió los libros. De entre las páginas de una agenda, salió una carta envuelta en un sobre apaisado. Estaba dirigida a Laura. El matasellos local llevaba fecha de aquel mismo día. La dirección estaba escrita por la mano de Julio Marcet.

Tía Leandra se abalanzó sobre su sobrino, y él, sin temor a lastimarla, la lanzó hercúleamente contra el muro de la habitación. Luego, tranquilo en apariencia, fué hasta la puerta y la cerró con llave. Entonces comenzó un registro apocalíptico de la estancia. En el ápice de su frenesí colérico, Manuel parecía investido de una frialdad glacial e implacable. Reventó muebles, vació cofres y cajones, rasgó bolsos, abrió a taconazos un viejo bargueño, y desventró un armario golpeándolo con una silla. Lanzó al suelo ropas, cachivaches, dinero... Lo saqueó todo, sordo a los quejidos de tía Leandra y a las voces de los demás, que golpeaban la puerta impotentes.

Al fin, en un cajón del desfondado armario, ocultas en un cofrecillo de cuero, halló las cartas, docenas de cartas. Cartas de Julio, escritas angustiosamente a lo largo de dos años interminables, cartas que constituían un patético monólogo sostenido por un hombre solitario, expatriado, que ni aún creyéndose víctima de un injusto olvido, había podido arrancar de su corazón el amor que lo torturaba. Cartas que Laura, agonizante de dolor, había esperado durante meses y meses de agobiante padecimiento. No eran ya más que un montón de papeles que empezaban a amarillear, un cúmulo de manuscritos donde latía la pasión de un hombre, y que hubieran podi-

do dar la vida a una mujer vencida por el dolor. Pero nadie las había leído nunca: nadie más que una vieja sórdida y malvada. Aquel manojo de pliegos que hubieran podido crear la felicidad de dos seres habían sido empleados como el arma criminal que infirió a Laura la herida de que estaba muriendo.

Las manos de Manuel temblaban de tal modo, que las cartas se desparramaron por el suelo. Miró a tía Leandra, y una oleada de odio ciego invadió su pecho, se arremolinó en su cerebro, nubló su mirada. Manuel comprendió que si no se dominaba a sí mismo, aquella mujer que tenía ante sí estaba perdida, que él la mataría fatalmente. Se cubrió los ojos con las manos trémulas, e intentó detener el golpe de su corazón.

La vieja estaba paralizada por el miedo. Un incoherente barboteo espasmódico surgía de su boca babeante. Manuel avanzó hasta ella y hundió su mano como una garra en el cabello gris de la mujer. Abrió la puerta, apartó a su padre de un empujón, hizo retroceder a la madre y a las sirvientes con un grito, y arrastrando ferozmente a tía Leandra por el pelo se precipitó escalera abajo, sin detenerse a mirar atrás. El cuerpo de la mujer rebotaba en los peldaños, se magullaba en las aristas, se doblaba y encogía dolorosamente; sus manos engarfiadas sangraban al intentar vanamente agarrarse a los barrotes del barandal.

Fué arrastrada a lo largo del vestíbulo sin que el acerbo dolor le dejase proferir una queja.

Manuel abrió la puerta, y de un empujón brutal lanzó a la mujer a la lluvia y al fango de la calle encharcada.

Después fué a recoger las cartas que quedaron esparcidas por el suelo en la estancia de la expulsada. Y con ellas entre sus manos temblorosas llegó hasta el aposento de Laura.

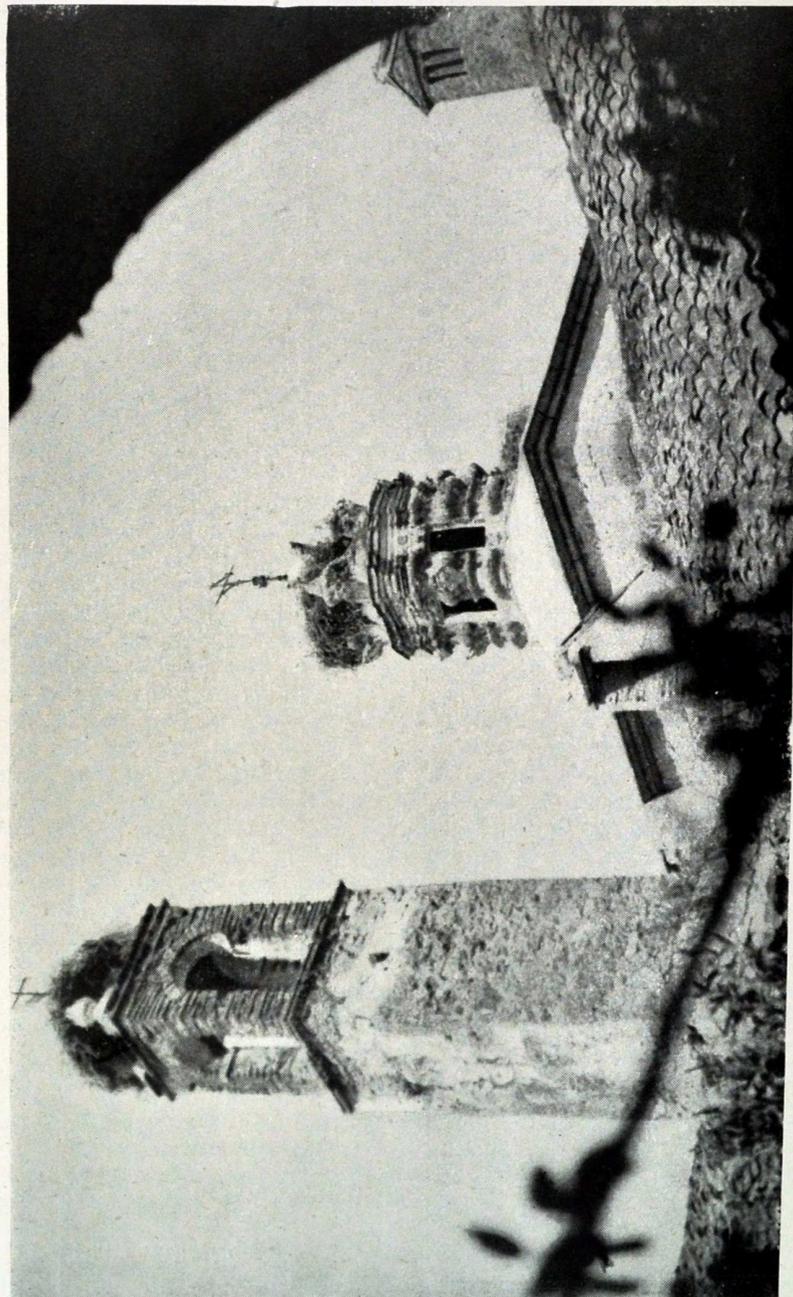
Al abrir la puerta sintió que se desvanecía en su alma aquel frenesí de violencia que lo había dominado. En el aposento reinaba una calma extraña, una paz que no era posible perturbar. Estaba toda la habitación sumida en la penumbra del atardecer, y entre las amontonadas sombras del lecho surgía el blancor alabastrino del semblante inmóvil de Laura.

Extinguida la fiebre que lo había embargado, Manuel experimentaba ahora una morbosa laxitud. Seguía laténdole desacompañadamente el corazón, pero una horrible sensación de angustia turbaba su pensamiento y su visión de las cosas. Apoyó la espalda en el quicial de la puerta, y murmuró:

— ¡Hermanita! Hermanita mía, mira lo que te traigo. Es un regalo para ti. Un regalo que esperabas, que estabas esperando siempre... Ahora te lo traigo... Te lo traigo, hermana...

Quiso erigirse, y vaciló. De nuevo las cartas se derramaron por el suelo. Pero él, tambaleándose, consiguió llegar hasta su hermana.

Laura no respondía. Una de sus manos colgaba por el costado del lecho. Y Manuel se arrodilló, la tomó entre las suyas para besarla, y balbucía:



ALBUM EXTREMENO. — Convento de Montesimo, de Valencia de Alcántara. (Foto X)

—Despiértate, Laura, hermanita. Te he traído las cartas de Julio. Y el frío glacial de aquella mano, inerte y delicada, se comunicó a las manos de Manuel, avanzó por sus miembros, le llegó al angustiado corazón. Y el muchacho se derrumbó en el suelo, y ocultó el rostro entre los brazos, sollozó como una criatura abandonada a irremediable soledad...

Dos días más tarde enterraron a Laura en un nicho de este cam-santo. Era la primera mañana en que volvía a lucir el sol. El cielo estaba terso. El aire era cristalino. Y el mar, de un azul pálido, reme-daba con la blanca espuma de su oleaje, el florecimiento de una im- posible primavera...

En 1919, terminada la guerra europea, Julio Marcet regresó de América. Era un hombre rico. Le acompañaban su esposa, una linda criolla, y una hijita de cuatro años de edad. Estuvo aquí, en Valmi- ra, porque Julio Marcet quería que alguien le completase las noticias que un día, en una triste carta, le había comunicado Manuel Redón acerca de la muerte de su hermana.

De labios de la vieja sirvienta que había sido antaño ama de Lau- ra y de Manuel, y que los años habían convertido en una anciana decrépita, de boca de amigos y vecinos, oyó Julio la historia de la mujer que él había amado y que había muerto diez y seis años antes sin haber visto jamás las cartas que él escribiera desde su destierro- americano. ¡Laura había muerto en la creencia de que él había dejado de quererla!... Diez y seis años son muchos, pero Julio Marcet sintió que la pena nublaba sus ojos.

Los padres de Laura habían muerto también. Manuel vivía ahora en una ciudad muy remota. En Valmira no quedaba más que tía Leandra y algún otro pariente lejano de los Redón.

Julio Marcet hizo varios viajes al pueblo, y una de las veces per- maneció aquí muchos días. Entonces vinieron albañiles de la ciudad, y construyeron esta tumba. Un escultor labró el busto de Laura ins- pirándose en los viejos retratos que conservaba Julio Marcet. Era el único tributo que podía rendir todavía a la mujer que lo amó hasta la muerte.

Pero cuando el sepulcro estuvo terminado los parientes allega- dos a tía Leandra no consintieron que los despojos de Laura fueran sepultados allí. Vanamente porfió Julio Marcet con súplicas y razo- nes antes de volverse a América.

La sepultura está vacía.

Por ese motivo, nunca hallaréis sobre sus losas grises la ofrenda primaveral de unas flores. Nunca veréis que nadie—ni en las alegres y soleadas mañanas del invierno, ni en los largos y dulces cre- púsculos del estío—se detenga ante el busto de Laura para rezar una oración por el alma de la virgen muerta,